

la estepa florecida

Ramiro de Mendonça



poesía

Las ramas verticales

Para que dé más frutos un cerezo
hay que cortar las ramas verticales

Las ramas que desean algo más que una cosecha
o una mermelada

A esas ramas, más aún si rectamente apuntan al cielo,
hay que cortarlas justo donde nacen

Así la planta no se va muy para arriba
como un gran lapacho

Ni se llena de flor y cereza
que alcanza la mano anciana de tu padre,
el carpintero detenido en el tiempo
en la madera

Como un mueble
no progresa
ni va hacia ningún lado

Se queda ahí
esperando a que lo muden de la sombra

Y muere ahí
porque tu padre es la muerte de las ramas que desafían

al suelo

que quieren algo más

No

no te emborraches ahora si no se entiende

Las cosas no van a cambiar

así

de una sacudida

Un frutal no da cerezas por sacudirle el tronco

más bien te moja el pelo

si guarda lluvia en el follaje

No

no esperes impaciente,

eso no es una espera

Deben cortarse las ramas verticales

porque los frutos les pesan demasiado

prefieren dar

mejor

nuevas ramas

¿De qué sirve un frutal de puras ramas?

para talarlo

y al fuego

¿A qué viene esta fiebre de hacer leña de tu padre

taciturno?

¿Por qué repudiar a un árbol que no crece hacia arriba
y prefiere la nieve de sus flores
el sopeso de sus frutos?

Heladería

Donde hay un centro
dulzura complaciente de confites y helados
hay una mano que pide

Una mano en cada mesa que se eleva del suelo

Me pregunto
cuál de ambas cosas ha nacido antes
¿la mesa o la mano que pide?

El talar se eleva de la tierra húmeda
el cielo lo atrae sobre el desierto pampeano

Primero fue el cielo
pero
¿quién lo sostiene?

Un azul cuya esencia es cubrir y ser mirado
es azul solo para el ojo

¿La heladería y el apetito cómodo
son solo para la mano que los pide,
aunque en el fondo los sostenga?

El mundo es de quien desea ese mundo

¿Quién, sino, mantendría su dulzura?

Los dioses, pobres con sueldo
dicen no tener nada en el bolsillo

Saborean la frutilla y el chocolate
una serpiente que lame su cascabel

No tienen nada y solo brillan
En la mano de quien pide

Sobre los brazos espinosos de los talas
el cielo dice "basta, déjenme"
y se esfuma en la noche sin estrellas

Diez cuadras

I

Suena la lluvia, la tarde tras las rejas

una empleada espera su canción en la radio

aburrida, lame su cuchara

sus posibles novios la iluminan en la imagen del teléfono

no encuentra lo que busca en el amor

ni en el azúcar

ni en la música

II

La lluvia arrastra a su antojo los árboles tras el vidrio

el caos

la caída

las ramas

dulcemente

La lluvia es música mójese donde se moje

III

El origen de todo es la tapia que oculta el horizonte

siempre habrá un confín a diez cuadras

allá en los basurales, el mundo es ceniza

diez cuadras y el helado se ha derretido

diez cuadras y las emociones humanas son obra del
parlante de una heladería

IV

Los gatos evitan el agua, es el turno del zorzal

busca lombrices que arrancar de la tierra húmeda

se sacude y me observa

parece el león de los pájaros

V

Diez cuadras bastan o unos metros

para notar que solo sabemos ser el centro de este mundo

después de la tormenta

me refugio de las ramas que puedan quebrarse

la lluvia nos vuelve gusanos

que no llegan a mostrar sus cabezas

El jazmín

Cosas que no pueden ser quitadas
o dadas a otro dejando de tenerlas:

Una educación burguesa
el auxilio de los amigos
el color de la piel
la culpa y los recuerdos

A fin de cuentas,
lo metafísico no es lo más barato

Salgo al patio de mi casa y arranco la única flor del jazmín

Pretendo hacer una infusión

Le saco los bichitos que merodean en los pétalos
y la cuelgo de un broche para secarla

Al volver donde la dejé
resulta que su aroma inundó la habitación entera

Una simple flor arrancada
casi amarillenta

Lo mejor es no tener casi nada
así al dar algo uno puede dar todo

Casas de semilla

Pica, pica la gallina el suelo
pollito en anarquía

cuelgan las ropas
los camisones celestes

se pudre el agua
se detiene en los bidones

mezcla de albañil
gramilla solitaria

entre su fiero aspecto de suelo inhabitable
ve semillas la gallina

semillas que no se convertirán en nada
un niño abre la fronda nocturna del ligustro

verde oscuridad
se esconde

mastica un chicle nuevo
o prende su cigarro

la noche nunca es suficiente

se lanza a los grillos

suelta su tiritar

la casa no alberga

evita los árboles

apunta hacia arriba

ladrillos sin revoque

el crecer de la rama

se mete en los caminos

su pisar de niño ahondado

en el silencio pobre

pobre silencio

donde canta un gallo

su pisar son charcos

alboroto de gallinas

es ya la madrugada

hay que acordarse

de darles de comer

sus semillas

desesperan encontrarlas

fugaces con sus picos

desesperan encontrarlas

cual la noche al niño

plegarias y sueños

en eso anda su arrullo

inmerso en su cigarro imaginario

El mundo es un sonajero enorme

lo agita mi ignorancia

grita estruendosamente a veces

y a veces armónica aunque helada

tiene un filo que es mi filo

yo no sé si soy lo que corta

o lo que sangra

El árbol plantado

La necesidad de crear un mundo donde existir nuevamente
para poder creer que se existe
y olvidar con violencia una vida que está detenida
puede apremiar las manos de cualquier morocha
que desprecie el campo
o el aislamiento
o la pobreza (para que al menos un rato pueda ocultarse)
salir ya
de ahí donde se nace
(y es redundante decir
para nacer nuevamente)
en ese apuro
por disolver la torpeza de los alambres que no pueden formar un cerco digno
ahí van sus manos de muchacha joven
revuelven la tierra
y plantan un árbol
un roble húmedo que parecerá,
más que verde, gris desde entonces
desprestigiando el sueño juvenil
de eternizarse y decir
“yo he plantado ese roble,
aquí dejo mi huella”
sucede
que en una semana
un árbol no es un árbol
no puede moldearse al jardín
pasan meses y ella lo mira
y es notorio que crece
estira sus ramas lentamente

aunque su tronco queda ahí
petacón, infantil, inmóvil
no le anidan los pájaros
las hormigas le arrancan el candor de las hojas
demasiado verde y joven
no da penumbras ni yuyos orejita a su alrededor
el ligustrín, el perro, la mandarina
lo miran con recelo
“se le nota que es plantado” dicen
toda la flora del patio es en realidad plantada
su simetría la delata
y, sin embargo, recelan
sigue sin parecer árbol
“qué le falta?” se pregunta ella
poda? cal? otro roble al lado?”
sin encontrar respuesta
se va y sigue su vida
¿Cuándo un árbol plantado deja de ser un árbol plantado?
Las acacias dan sombra al matorral todas juntas
y su espina adornada de moras silvestres
tajea los brazos del niño que expediciona los montes
que tala el ibirá
tala los arces en compañía de otros salvajes
“fuera abajo!” grita finalmente y arranca
de su naturaleza
la corona de cristo que repleta descampados
rival eterna del arado y la siembra
o el techo de una familia humilde
temerosa de la tormenta
muertas ya las hojas y los tallos
fabrica sobre su espíritu
jardines correctos llenos de trabajo y mal gusto

donde se mezclan frutal y ombú
y un poste de luz nublado de moscos perdidos
en la noche se define todo
dónde dormirá cada esperanza
qué sueño será dejado atrás
para volverse triste anhelo
la noche bien lo sabe
una muchacha apresurada por vivir su propia vida
no puede plantar un roble en la casa de su madre
en el medio, justo en el medio, del jardín de la casa de su madre
y pretender que la eternidad reemplace al tiempo
cuando un alma siente que no es libre de realizar sus objetivos
no puede talar sus fracasos
y esconderlos a la sombra de la belleza del roble europeo
porque en esa sombra
entre los musgos
el mal y el pasado no marchitan
(sólo lo hacen los sueños)
su madre
aburrida y desvencijada
es un clavel solitario y múltiple que enferma la fotosíntesis de las hojas
desprecia el ajetreo del presente
quieta en crescendo
los ojos con cataratas
un mosquito o un petardo
suenan igual en su oído
vecina
yerno
son enemigos inmediatos
su culto y su sonrisa
son para aquello que reside en su memoria sola y en la de los muertos
el mundo al que ella se lanzó de golpe

ha desaparecido por completo
han muerto hasta los peligros y los miedos
que hacían sonar su cuerda herida
el mal es
para ella una perla
y lo enumera laboriosamente
cuenta enfermedades, dolores, toces
posibles desgracias: las caídas al piso
se marchita
y pudre por dentro como un sauce de tronco firme
distante del suelo
anudado
rencoroso en su forma
llanto apretado de hoja dócil
“mueren de pie” los árboles
dice
y es cierto
se achica
en espalda y hombros
entrega
de a poco la espina quieta
enlazada en nervios que nadie poda
así
es como se forma un verdadero árbol
sí
resignado en el patio
da sólo sombra y entre el pasto
humedece el marrón de sus hojas el rocío
forma charcos
donde no resiste
ni siquiera un reflejo
ese es un árbol

al que bien se le nota
el no ser plantado
lleno de murmullos
privilegia al que sabe oírlo
y aceptar que no hay pasado detrás o debajo del tronco
ni quién lo plantó
sino
sólo eso
el verde tallo se arruga
raspa al niño que lo toca
el invierno encierra la mirada esperanzada
y de una manera total parece
que nada más ha existido nunca
recuerdo
mundo vivido
pueden haber sido sólo un sueño
el árbol expande ya sus ramas
(aquel roble tierno)
devora el presente entre sus sombras
“no preguntes
no conozcas”
eso dice un árbol completamente árbol
la mano orgullosa que lo ha plantado
huye y se espanta
(otra vez)
de ahí donde ha nacido y murió un mundo
porque un mundo muere
y no puede convertirse en árbol
la naturaleza es otra cosa que una exhibición o un trofeo
la naturaleza no se planta
sino sólo florece y nace
como lo hace un mundo

no se es lo que se es
si se pide algo a cambio
olvidar con violencia
recordar con violencia,
muchacha,
una vida que está detenida,
esas cosas,
morocha,
no te las va a permitir un árbol



Ramiro de Mendonça. Nací en 1994. Publiqué "*El verdor y la sombra no se callan*" en 2019. Soy profesor de francés y vivo en Caseros.

